

Apuntes para unos Ejercicios Espirituales

Javier Duplá

Introducción

Estos apuntes para unos Ejercicios Espirituales están escritos en el espíritu de lo que el P. Provincial Arturo Sosa nos escribía a todos los jesuitas de Venezuela en noviembre del año pasado en el Encuentro de Provincia, y en el que recogía el espíritu del Encuentro de Loyola 2000 de los Provinciales con el P. General.

Nos decía que el núcleo del Encuentro fue el tema de la "Fidelidad Creativa en la Misión". El P. General subrayaba al comienzo del encuentro algunos puntos que nos sirven como marco de reflexión general a estos Ejercicios.

- Estamos llamados a una "vuelta a las fuentes", es decir, una búsqueda de un nuevo comienzo, de una fidelidad creativa a la experiencia de Ignacio. Realizar lo que el fundador haría hoy, en fidelidad al Espíritu, para responder a las exigencias de nuestro tiempo".
- Ignacio no nos dejó una regla, una doctrina o una organización, sino "una fuente de agua viva que brota sin cesar, y que en el

discernimiento espiritual se rejuvenece y se renueva para un mayor servicio”.

- La piedra de toque de nuestro examen como grupo es si realmente tenemos “mociones” que pujan por hacer nacer algo nuevo en nuestro apostolado y nuestra vida.
- La fidelidad es, en primer lugar, al don del Espíritu a la Iglesia en el mundo que es la Compañía de Jesús y lo que le da su identidad. De allí parte nuestro aporte a la Iglesia y al mundo.
- “Cuando Ignacio utiliza la palabra “misión” le da su sentido preciso. Hoy el acento se pone casi exclusivamente en aquellos a los que se es enviado, mientras que para Ignacio lo primero de todo es el que nos envía”.
- Ignacio no se cierra nunca en una obra determinada, ni se limita a un único lugar. No determina de antemano las modalidades del servicio de la misión de Cristo. Permanece abierto a todas las direcciones. La fidelidad al carisma ignaciano nos empuja a inventar constantemente, a desplazarnos sin parar, porque hay siempre más servicio que prestar.
- El camino que nos indica San Ignacio es el de la elección de ministerios, partiendo al mismo tiempo de una pasión por la misión y de una indiferencia que nos hace libres frente a toda forma concreta de servicio.
- Para que un proyecto dé fruto no son tan necesarios muchos jesuitas como hombres de calidad espiritual y humana.
- La fidelidad consiste en ponernos al paso de Dios, día a día, con suficiente visión –fruto del discernimiento– para ir adelante, y con bastante disponibilidad para cambiar de camino cuando el soplo del Espíritu nos conduce a donde quiere y como quiere.

- Debemos afrontar una serie de tensiones que Ignacio introdujo en la vida consagrada apostólica para hacerla fructífera: contemplación –acción; disponibilidad universal –inculturación necesariamente local; gratuidad en la misión –recursos para el apostolado; discernimiento –obediencia; deseo de muchas vocaciones –pocos los que responden, etc.
- Aun teniendo la responsabilidad de un lugar concreto y limitado, el carisma ignaciano nos incita a no encerrarnos en esa particularidad, sino vivir en sintonía universal.
- No podemos elegir entre lo global y lo local. Vivimos plenamente lo local porque estamos siempre abiertos a lo global.
- Formar comunidades fraternas y misioneras que permitan vivir la fraternidad en la misión.

El P. General nos sitúa con fuerza y crudeza en el momento que nos ha tocado vivir. No podemos elegir otro, sino que debemos responder como jesuitas con la valentía y la generosidad que nos deben caracterizar. Existen varias circunstancias en las que podríamos refugiarnos para no confrontarnos con estas ideas:

“Somos demasiado viejos, ya nuestro tiempo pasó”. Debemos sobreponernos a ese pensamiento. Precisamente porque nuestra experiencia es mayor, nuestra visión más amplia, debemos dar ese aporte a las generaciones que vienen, laicos y jesuitas, que son los que van a llevar adelante la obra de Ignacio. Tenemos que dejar al Espíritu que nos interroga y que nos impulse: ¿qué haría hoy Ignacio, qué inventaría, cómo se movería en este mundo actual, que tiene tantos parecidos con el clima de agitación que le tocó vivir?

Una comunidad universitaria constituye una atalaya privilegiada para contemplar e intervenir en la realidad desde nuestra misión específica como jesuitas. “Fidelidad creativa en la misión” es

como un lema en que parecen contraponerse las dos primeras palabras: fidelidad, que suena a mantener lo adquirido, pero creativa, que nos impulsa a preguntarnos constantemente qué podemos inventar para responder mejor a la misión.

Nos lo recordaba el P. Provincial a todos los que trabajamos en la UCAB en el memorial de su visita el 24 de marzo pasado. "Convertir esta casa en un lugar de deliberación apostólica del trabajo universitario que hacemos como religiosos de la Compañía de Jesús con hombres y mujeres comprometidos vitalmente en él". Se espera mucho y con razón de este grupo de jesuitas y de su inspiración en la Universidad. Se espera que señalemos caminos en la configuración de una sociedad distinta, más fraterna y humana. Pero no lo haremos si no tenemos claro, como escribía el mismo Provincial que "la eficacia de nuestro apostolado está directamente vinculada al conocimiento de Dios más que a los sacrificios y holocaustos, como nos recuerda el profeta Oseas" (Os 6, 1-6). De allí la invitación del Año Arrupe a experimentar al Dios, que nadie ha visto nunca (Jn 1,18), revelado en Jesucristo, que vino a liberar a los que por miedo a la muerte pasan la vida como esclavos (Hebr 2,15), desde las culturas en las que nos conformamos como personas humanas.

Quiera Dios que estos Ejercicios sirvan para dar un paso adelante en este camino de iluminación y discernimiento para bien de toda la sociedad venezolana. Se lo pedimos especialmente a nuestra Madre María.

Principio y Fundamento

Preguntarse por el sentido de la vida es una pregunta radical, de cuya respuesta depende hacia dónde la orientemos. Antes de la conversión Ignacio lo tenía muy claro: realizar grandes hazañas que hicieran llegar su fama hasta los oídos de una dama de la más alta

alcurmia. Después de la conversión tomó el pulso de su vida y se dijo internamente: ¿de dónde vengo? ¿quién soy yo? ¿qué hago en este mundo? ¿para qué es la vida humana en general? Ignacio no sabía de evolucionismo ni de genética, pero atinaba con las preguntas básicas, radicales, las que verdaderamente importan.

Nos enseñaron desde niños a hacernos estas mismas preguntas: ¿quién soy yo? ¿qué quiero ser? ¿para qué estoy en este mundo? A lo largo de nuestra vida de jesuitas hemos ido confirmando, con altibajos, las respuestas que dimos un día a estas preguntas y en estos Ejercicios queremos confirmar la respuesta y profundizarla.

Ser capaz de hacerse preguntas tan básicas es ya un gran logro. La cultura postmoderna las rehuye, no quiere saber sino de lo inmediato, de lo útil y de lo práctico. No quiere saber de metafísicas ni de trascendencia. Su "ethos", su enfoque de la realidad es utilitario e inmediateista. Es un servicio el que podemos prestar a esta cultura que seamos hombres y mujeres de las preguntas básicas, trascendentales, radicales. Así, en medio de esta intrascendencia difuminada y perfumada, serviremos de referencia al que no le gusta estar desorientado, al que busca la luz, el sentido.

"El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir". Su sentido actual es reconocer que estamos en manos de un "Deus semper maior et melior", que el sentido último de nuestras vidas procede de Él. Reconocerlo (hacer reverencia) y estar contentos con ello (alabar). Y como consecuencia, servir, ponerse gustosamente a disposición del plan de Dios, que sigue siendo un misterio, pero un misterio benéfico, trascendente, que no podemos abarcar ni comprender, pero del que nos fiamos.

San Pablo expresa el destino del hombre y el sentido de la vida humana con la fuerza que acostumbra. Nos dice en Rom. 8, 28-30:

Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también los llamó, a esos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó.

Toda una secuencia hermosa del plan de Dios que puede servirnos para esta primera meditación. La predestinación, entendida en sentido positivo, de elección, no en sentido exclusivista: a unos sí y otros no, que tantos problemas dio en el siglo XVI. Dios toma la iniciativa para bien nuestro, nos configura con la imagen de su Hijo, nos destina a ser semejantes a Él. Agradecimiento, alabanza, disposición para hacer realidad en nuestras vidas este destino primario.

El “tanto cuanto” o el uso de las cosas como medios que ayuden a alcanzar el fin para el que hemos sido creados. Ignacio es de una lógica tumbativa, y sin embargo nos cuesta aceptarla. Son los apegos desordenados, de los que tanto se habla en los Ejercicios, los que oscurecen esa lógica. Comodidades, instalaciones, puestos logrados, nombre, fama, qué sé yo, tantas cosas a las que nos apegamos por encima de todo. Ignacio especifica aspectos bien concretos y centrales: “bienes materiales, salud, duración de la vida, fama”. Que no las queramos por encima de todo, como fines, y no como medios. Nos blindamos frente a lo amenazador, frente a la irrupción de un Dios desestabilizador. Nos cuesta un mundo alcanzar la indiferencia, la eliminación afectiva de los apegos desordenados. ¿Qué pasa en el momento en que el médico nos dice: mire, padre, usted tiene una enfermedad incurable? ¿En el momento en que el superior te dice: padre, he pensado que usted vaya a descansar a la enfermería, se retire de ese trabajo que tan bien ha hecho durante estos años...? Nos

apegamos a lo nuestro, al pequeño mundo que cada uno hemos construido, tal vez con esfuerzo, durante años.

San Teresa de Jesús, que vivió entre 1515 y 1582, conoció a los jesuitas y su confesor fue uno de ellos. Esta poesía suya recoge el espíritu de la indiferencia ignaciana del Principio y Fundamento:

Yo le pongo en vuestra palma
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
Dad salud o enfermedad,
Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz cumplida,
Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo diré que sí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,

Dadme infierno o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad;
Si, abundancia y devoción,
Y, si no, esterilidad;
Soberana Majestad,
Sólo hallo paz aquí
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
Quiero por amor holgar,
si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.

EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO EN LA PROVINCIA

El cap. II del Plan Apostólico de la provincia de Venezuela (pp. 13-15) está inspirado expresamente en el Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, y lo vamos a tomar como otra forma de iniciar estos Ejercicios.

“La Provincia nace como respuesta de la Compañía de Jesús al llamado de Dios en su Iglesia, para servir a la misión de Jesucristo en Venezuela”.

Somos convocados, somos llamados a realizar un destino concreto, en el tiempo y en el espacio, en la Venezuela de este siglo que comienza. Es un destino común a jesuitas y laicos que lo sienten como propio, que se han librado de tantas interferencias ruidosas y han sabido escuchar la voz del Señor en lo profundo del espíritu.

“Quienes participamos en esta misión estamos persuadidos de que Dios nos dio la vida, nos hizo personas para que fuéramos hermanos y hermanas, como somos hijos e hijas de un mismo Padre”.

La vida es un regalo de Dios para vivirlo en filiación y en comunión de fraternidad. No estamos solos. El texto del PAPV cita a Gal. 4, 5-6:

Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que son hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre! .

Para eso necesitamos nacer de nuevo (Jn. 3,3), aprender a aprender, venciendo toda tentación de instalarnos en nuestros planes o nuestras realizaciones. Necesitamos hacernos libres para servir. Hemos sido y seguimos siendo moldeados en la escuela del afecto de los Ejercicios Espirituales, que buscan liberar a la persona de todos los obstáculos y estorbos para el seguimiento de Jesús, proporcionando la armadura interior que sostiene nuestras vidas.

Es una expresión muy lograda en términos modernos del espíritu de disponibilidad y de libertad interior que nos piden los Ejercicios. Apunta ya a lo que a lo largo de los ejercicios y de la vida entera del jesuita va a ser una necesidad: la escuela del afecto.

Afectarse, sentir por dentro, van a ser el otro lado de términos más secos como la indiferencia o el desapego de los afectos desordenados. Pero va a lo mismo: sentirse en las manos de Dios, para liberarse y poder servir.

De allí la invitación ignaciana a recuperar nuestra libertad espiritual para hacernos indiferentes. Liberar nuestros deseos apostólicos: sentirnos libres de cualquier atadura personal o institucional, libres respecto de cualquier estilo de vida o de trabajo, respecto de cualquier obra, programa, proyecto o zona en que realizar nuestro servicio.

La famosa indiferencia que es lo contrario de lo que suena a nuestros oídos modernos. No es falta de tensión interna, desinterés, “me da lo mismo”. No da lo mismo, sino que conscientemente elegimos. “Solamente deseando y eligiendo aquello que más nos conduce para el fin que somos creados”. Porque pongo todo el apego, el afecto, el entusiasmo, en responder a la llamada de Dios, por eso las demás cosas no me importan sino como caminos o medios. Si me estorban interiormente, las desecho; si me ayudan, las acepto sin apegarme a ellas. Expresándolo con las palabras del PAPV:

De aquí se desprende que debemos elegir aquellos medios apostólicos y estilos de vida que más conduzcan al servicio de la misión de Jesucristo en nuestro país. En medio de una realidad compleja como la venezolana, tomaremos o dejaremos modos y lugares para vivir y trabajar tanto cuanto se vea conveniente a fin de que esta misión apostólica sea llevada adelante de manera eficaz. Puesto que nos importa responder a la llamada de Dios y a las personas que nos han sido encomendadas, nuestra Provincia desea encarnar la búsqueda constante de un mayor y mejor servicio (*magis*), discerniendo la realidad desde las urgencias de los pobres de la tierra y actuando en el mundo de un modo penetrado por la presencia de Dios.

Ya no estamos en el enfoque individual, sino de grupo de personas que quiere responder a las urgencias de la Venezuela de hoy. No seamos tan fáciles en suponer que todo lo que hacemos es lo mejor que podemos hacer, y que lo estamos haciendo bien. "Discernir la realidad desde las urgencias de los pobres de la tierra" es una frase cargada de sentido a la que tendremos que volver. Por ahora nos basta suscitar en nosotros el sentido de desprendimiento generoso, la "indiferencia", para que el Señor nos vaya iluminando por qué caminos nos lleva como provincia y como jesuitas y laicos comprometidos en la misma misión.

El trabajo con los laicos, la constitución del sujeto apostólico de la Provincia, debe convertirse en el principio y fundamento del trabajo apostólico de la Provincia en el futuro próximo. El encuentro del P. General con los laicos en Mérida, el 6 de febrero de 1998, puede darnos mucha luz sobre este enfoque. Les recomiendo vivamente que lo lean, porque es una visión programática lo que en ese discurso se manifiesta.

Dice entre otras cosas:

Cristo prosigue sumisión en el mundo no sólo a través de los obispos y sacerdotes, sino también por medio de los laicos que constituyen la mayoría del pueblo de Dios. (p. 69)

Hay muchos indicios que indican que la Iglesia del tercer milenio será una Iglesia 'laical'. ¿Por qué se usa esa expresión? Porque los laicos - hombres y mujeres - están asumiendo cada vez más, mayores responsabilidades en toda la vida de la Iglesia: parroquias, organizaciones diocesanas, escuelas, instituciones teológicas, obras de caridad y justicia. (p. 70)

Juan Pablo II dice bien claramente que no es solo una cuestión 'de eficacia apostólica, sino de un deber-derecho basado en la dignidad bautismal, por la cual los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, del triple oficio -sacerdotal, profético y real- de Jesucristo (Red. Mis. 71).

En el discurso en Mérida el P. General recoge también lo que manifestaba la CG 34ª en su decreto 13:

La Compañía de Jesús se pone a sí misma al servicio de esta misión de los laicos ofreciendo lo que somos y hemos recibido: nuestra herencia espiritual y apostólica, nuestros recursos educativos y nuestra amistad. Ofrecemos la espiritualidad ignaciana como un don específico para la animación del ministerio de los laicos... Nos unimos a ellos respondiendo a las mutuas preocupaciones e iniciativas y dialogando sobre los objetivos apostólicos.

En una conferencia a los laicos colaboradores de nuestras obras en Sevilla y Las Palmas, en febrero de 1994, reflexiona sobre nosotros los jesuitas y nuestro papel en relación con los laicos:

Esta nueva situación exige, en primer lugar, de nosotros jesuitas, que hacemos profesión de sentir con la Iglesia, de sintonizar con sus orientaciones y deseos, nueva actitud. Debemos dejar y promover que los laicos ocupen plenamente su puesto en la Iglesia. Nuestro objetivo primordial será formarlos adecuadamente en el fe y el compromiso cristiano, sobre todo a aquellos que desean más en términos de profundización espiritual y compromiso apostólico. Esta tarea de formación de agentes multiplicadores del mensaje cristiano requiere de nosotros, sin duda, una preparación todavía más seria, una calidad de vida humana y espiritual todavía más elevada. Ella es, asimismo, exigente, en cuanto nos lleva a renunciar a ciertos protagonismos, a trabajar en la retaguardia, abriendo el debido espacio a la acción y la corresponsabilidad de los laicos en la Iglesia.

Vamos a pedirle a Dios nuestro Señor por la Provincia, para que seamos generosos los jesuitas que trabajamos en ella. Para que aprendamos a discernir lo que más conviene a la gente con la que trabajamos, a la que queremos servir. Que no nos contentemos con mirar las cosas desde fuera, desde lejos, diciendo: yo ya cumplí como Dios me inspiró y supe; ahora les toca a otros empujar este carro.

Pídamos al Señor y a María, Reina de la Compañía, para que nos mande muchos trabajadores, jesuitas y laicos, que quieran escuchar su palabra en estos tiempos de crisis (¿y cuándo no han sido de crisis, de discernimiento, los tiempos?).

El cap. 12 de 1 Cor sobre los carismas puede servirnos para afianzar el deseo de contribuir con la formación del sujeto apostólico en la Provincia.

Primera semana

PRIMERA MEDITACIÓN

Dentro de la teología de San Ignacio la Primera Semana ocupa un lugar preparatorio, de ablandamiento de la voluntad, que necesita salirse de sí misma y esperarlo todo de la gracia de Dios. El sentido profundo del pecado es centrarse en sí mismo, esperarlo todo de sí mismo, confiarse en sí mismo, en el fondo, sentir que Dios es prescindible.

El egocentrismo ocurre de muy diversas formas y en distintos planos. El primero de ellos es el personal, y este es muy cercano al jesuita común. La riqueza y abundancia de la formación, el cultivo constante de tantos campos de crecimiento personal y de saber puede llevarle al jesuita a sentirse muy superior al resto de la humanidad que le rodea. Ve que su palabra es escuchada, que tiene influencia, que se le mira con respeto. Siente que en economía, educación, relaciones humanas, psicología, espiritualidad, exégesis, etc. sabe más que la inmensa mayoría de los demás. Y siente que puede ser conductor, iluminador, influyente. Piensa en esos momentos, de acuerdo al dicho ignaciano, que el bien cuanto más universal, mejor. Pero puede perder la conexión con la fuente y causa única del bien que hace, que es Dios, y piensa que es él, su talento, su disciplina, su

sabiduría, la que causa los buenos efectos. Entra en la raíz de la soberbia, que en la narración mítica que recoge San Ignacio se ejemplifica en el pecado de los ángeles.

Ocurre también el egocentrismo en el sentido colectivo, la Compañía de Jesús, la orden religiosa más preparada, más actualizada... Es una especie de soberbia colectiva, que nos aleja también como cuerpo de la única fuente de la salvación, que es la adhesión a Cristo y éste crucificado, lo cual significa la pérdida de fama, la condena, el quedar en ridículo. Esto no ocurre normalmente en la vida de los jesuitas; ¿por qué? ¿Estamos demasiado centrados en nosotros mismos? ¿Tiene fundamento la percepción social de que los jesuitas son soberbios?

También puede tratarse de un sutil ateísmo o prescindencia de Dios, de una indiferencia que no nos hace sentir vitalmente la dependencia de Él. En esto somos tributarios de la cultura actual, que prescinde de Dios porque siente que no lo necesita ni para explicar el mundo, ni para organizarlo, ni para combatir el mal físico, y espera no necesitarlo para organizar la convivencia humana y el dominio de las fuerzas naturales. A nosotros se nos puede haber pegado sutilmente esa raíz de pecado, que se autocomplace en el propio saber, tener y poder.

Cuando la CG. 32ª dice en el Decreto "Jesuitas hoy" la famosa expresión "¿Qué significa ser jesuita? Reconocer que uno es pecador y sin embargo llamado a ser compañero de Jesús, como lo fue San Ignacio" está diciendo verdad, no es una frase retórica para quedar bien. Nuestra condición de ser pecadores está presente realmente en nuestras vidas, pero tal vez no le demos tanta importancia.

Pero también puede tratarse de la raíz de pecado de que nos habla San Pablo:

Sé que en mí, es decir, en mi vida instintiva, no habita el bien.

Querer lo tengo al alcance, ejecutar el bien no. No hago el bien que quiero, sino que practico el mal que no quiero. Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo ejecuta, sino el pecado que habita en mí. (Rom. 7, 18-20)

La petición de los Ejercicios en la meditación de los pecados propios [EE. 55] consiste en “pedir crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados”. No estamos preparados para tener esos sentimientos interiores. Modernamente ha disminuido la sensibilidad sobre el pecado personal, aunque ha aumentado sobre el pecado social. Ha disminuido el sentido de responsabilidad personal, y se habla más bien de errores, equivocaciones, limitaciones, etc. Se achaca a las circunstancias, a la falta de educación moral, a las malas influencias. Hay una repulsa instintiva a asociar los propios fallos de la conducta personal con una ofensa explícita a Dios, sobre todo si se concibe a Dios – como en los tiempos de San Ignacio – con la majestad infinita, con el Creador que todo nos lo da.

Por otra parte tiene mucho cartel hoy día entre la gente piadosa la visión de un Dios indulgente y perdonador, comprensivo, disculpador de los fallos. Dios no está pendiente con un lápiz en la mano de las buenas y malas acciones, para premiar o castigar al final de la vida.

De esta mentalidad participamos todos y se nos antoja la meditación de los pecados que propone San Ignacio inapropiada tanto teológica como culturalmente. ¿Qué provecho se puede sacar a estas meditaciones para jesuitas como nosotros, que no somos de ninguna manera perfectos, pero que tampoco llevamos vida de “Primera Semana”?

En primer lugar, sensibilizarnos frente al mal en el mundo, que es el pecado. Sentirlo como algo que nos afecta, que no nos deja tranquilos, que nos conmueve. Para lograrlo tenemos que poner

delante de nuestra vista lo que la Reunión de los Obispos en Puebla llamaba los rostros de Dios afeados por el pecado:

El de Dios viene cabalgando en una pregunta, la que le hace Yahvé a Caín fuera ya del Paraíso: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?" (Gen. 4,9). Abel significa "desvalido, frágil". En ese hermano desvalido y frágil está Dios y hay que saber reconocerlo. Dios está en el malandro que dispara en el barrio de La Pedrera, aunque nos cueste reconocerlo, y en la jovencita que se rebusca en Sabana Grande a ver a quién encuentra para poder comer ese día.

El rostro de Dios en los pobres de la tierra ¡cuánto nos cuesta reconocerlo! Les negamos la dignidad humana y les queremos negar también la posibilidad de que Dios esté con ellos. Fabricamos un Dios a nuestra imagen y semejanza: intelectual, instalado, cómodo, sin preocupaciones de futuro. Los rostros de los que habla Puebla en un párrafo memorable (Visión pastoral de la realidad latinoamericana, cap II, nn. 31-39):

La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que debiéramos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

- Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y de la desorganización moral familiar;
- Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;
- Rostros de indígenas, y con frecuencia de afro-americanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;

- Rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;
- Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;
- Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;
- Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;
- Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen.

En segundo lugar, sensibilizarnos frente a la ambigüedad de la vida humana, en la que están mezclados y el bien y el mal, que a veces admitimos demasiado fácilmente. El P. General nos dice a este propósito en una "Carta a las personas relacionadas con la Compañía de Jesús", escrita el 27 de septiembre de 1991:

En nuestro servicio de los demás Ignacio nos urge a superar las impresiones superficiales para entender el drama que se esconde en toda situación humana. Nos avisa que fácilmente nos podemos dejar influir por la trama de supuestos falsos, valores contrahechos, mitos clasistas y culturales que distorsionan nuestra percepción de la realidad. Nos dice que hay que desenmascarar las contradicciones y ambigüedades ocultas en dichas tramas, librarnos de las percepciones distorsionadas que engendran. Abundan las sutilezas, las dicciones importantes no son claras, pero ¿a dónde nos llevan? ¿Cuáles son nuestros motivos ocultos? 'Nadie puede servir a dos amos'. La lucha es real, el drama decisivo. En este drama, ¿en qué bando nos encontramos en lo más profundo de nuestros corazones? ¿Con Cristo o contra Él? No debería extrañarnos si, al oponernos a cuanto hay de inhumano en el mundo de hoy, nos encontramos que vamos contra corriente. No resulta una postura popular.

En tercer lugar, hacer uso del Coloquio [EE 53], porque es el que nos da la real dimensión del pecado. Solamente entendemos el dolor cuando el que sufre es alguien a quien amamos de verdad y nos vemos impotentes para aliviarle. Cristo, el más bello y el mejor de los hombres, sufre sin razón por la sinrazón de la raza humana. Y yo, retrospectivamente, si le quiero, si le siento como alguien muy cercano, me duele su sufrimiento sobre todo, porque yo también he colaborado en mi vida para que el absurdo del sufrimiento alcance también a Jesús.

SEGUNDA MEDITACIÓN

El Plan Apostólico reconoce textualmente que como Provincia no hemos estado a la altura de lo que nos exige nuestra vocación:

Sabemos por propia experiencia que ser cristianos es aceptar la misericordia sanadora del perdón, reconocernos pecadores-perdonados y escuchar la llamada a ser compañeros de Jesús. Afirmamos con dolor que no hemos estado a la altura de lo que nuestra vocación nos exige.

¿Por qué y en qué no hemos estado a la altura de lo que exige nuestro tiempo? Escuchemos varias voces.

El P. Kolvenbach en su visita a la Provincia en 1998 dirigió un mensaje a los jesuitas de Venezuela titulado "Avanzando en línea de Iglesia". En ese mensaje comenta el Sínodo de América recién realizado y lo cita así:

La Iglesia es un pueblo en marcha por los caminos de América. El camino de la Iglesia es el hombre; por eso quiere reunir a todos los hombres de América para conducirlos a la Casa del Padre, atendiendo en primer lugar a los pobres, a los indígenas, a los campesinos, a los excluidos, a los desempleados, a los enfermos, que son como sacramentos del Señor, que en ellos quiere ser amado y ayudado por nosotros. Esto es lo que

significa convertirse a los demás. Esta conversión al hermano se puede manifestar de un modo especial en la pastoral de frontera; pero también en los ámbitos económicos y culturales, buscando la justicia y la solidaridad que no se alcanzan sin conversión auténtica del corazón.

En la Semana Social de la UCAB tuvo el P. General el 2 de febrero de 1998 una conferencia titulada "La opción por los pobres y la superación de la pobreza", en la que -afirma- "quiero reflexionar sobre el significado de la opción por los pobres, para que no sea una fórmula vacía de contenido, un eslogan, sino que se convierta en fermento eficaz en todas sus propuestas sociales, políticas y educativas". Veamos qué elementos nos ofrece y cómo podemos conectarlos con esta primera semana de los Ejercicios, en la que examinamos nuestras resistencias al plan de Dios, a su voluntad salvadora para nosotros.

1. "Los cristianos optamos por los pobres porque Dios opta por ellos. Y nuestro Dios opta por ellos por ser como es: bueno. Así, de entrada, esta opción es incondicionada: correspondiente a la gratuidad misericordiosa de Dios".

Examinemos nuestra bondad, que no es simplemente un sentimiento, un rasgo de carácter que incluso podría confundirse con la debilidad, un resultado de un ambiente protegido durante la infancia y sin choques con la realidad brutal del mal. Para amar a los pobres hay que ser radicalmente bueno, con una bondad que no viene sino de Dios. Porque los pobres no son atractivos bajo ningún capítulo, ni por su aspecto físico, ni por el sitio en que viven, ni por su falta de cultura, ni por la rudeza de su lenguaje o de sus costumbres, juzgadas desde los parámetros de la clase media o de la clase privilegiada. El pecado está en quedarse en esos parámetros. El amor de Dios, el que Él nos tiene y el que Él nos da, nos empuja a dar un salto de gratuidad misericordiosa,

que trasciende los aspectos exteriores de la persona y se afina en los aspectos profundos: que esa persona es imagen de Dios, que es rostro de Dios que tengo que descubrir.

2. "La opción por los pobres es una opción trascendente. Y como tal es signo de la cercanía absoluta de Dios, del Dios que se hizo presente de modo definitivo en Jesús. Cuando se opta por los pobres del mismo modo que optó Jesús, acontece el reinado de Dios".

Es una opción que trasciende lo visible y que sin embargo hace cercano absolutamente lo inaccesible. A Dios nadie le ha visto jamás, dice San Juan (1 Jn. 4, 12), pero si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros. Y dice en esa misma carta, (3,14): "A nosotros nos consta que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos". Y nos consta que habla de los pobres, porque dice a continuación: "Si uno posee bienes del mundo y ve a su hermano necesitado y le cierra las entrañas y no se compadece de él, ¿cómo puede conservar el amor de Dios?". Esta carta puede meditar en clave de pecado-misericordia, en clave de tinieblas-luz, en clave de muerte-vida.

Cuando se opta por los pobres, acontece el reinado de Dios. Va haciéndose realidad el mundo de verdad y de vida, el mundo de santidad y de gracia, el mundo de justicia, de amor y de paz. Esta formulación, adaptada del prefacio de la misa de Cristo Rey, deja de sonar utópica en la medida en la que nos ponemos a hacerla posible a partir de la opción radical por los pobres.

3. "La opción por los pobres no tiene tampoco como objetivo directo, inmediato, la superación de la pobreza sino la humanización de los pobres, su personalización. Este resultado no es una meta externa, sino el término al que tiende la dinámica de la opción. Porque la opción por los pobres es ante todo una relación, una

alianza, un jugarse con ellos la suerte. Y hay que decir que esta suerte, desde el punto de vista de la cultura dominante, será siempre mala suerte, porque mientras dure la historia siempre habrá pobres (Jn 12, 8, Dt 15, 4.7.11)”

La alianza con los pobres queda en mero discurso teórico y se siente a contrapelo mientras no tengamos amigos reales entre los pobres. Todo jesuita que ha hecho esa experiencia puede confirmar que el acercamiento y la amistad humana permite apreciarlos como personas iguales y como hijos de Dios y hermanos en Jesús.

Parece duro e ilógico escuchar que en cierto modo la lucha contra la pobreza es inútil, porque la pobreza nunca se acabará. Pero es que el fruto de esta lucha aprovecha sobre todo al que se pone de parte del pobre. El pobre, siendo pobre, enriquece al que lucha con él, le proporciona humanismo, riqueza interior, espíritu cristiano. También el pobre queda enriquecido, no porque salga de la situación de pobreza, sino porque aprende en la práctica lo que es la solidaridad y puede ejercerla a su vez con otros como él, o con otros dotados de bienes de fortuna, pero pobres en riqueza interior. Esto lo expresa de una manera vigorosa el siguiente punto.

4. “Si los pobres, por no tener sabiduría, riqueza y poder, no son reconocidos como personas por la cultura vigente, Dios, al reconocerlos, demuestra que no es el Dios de los sabios, de los ricos o de los poderosos, sino el Dios de los seres humanos. Pero además proclama que los seres humanos no llegan a la categoría de humanos por la posesión de esos atributos. Y sin embargo, como los pobres tienden a sentirse no humanos al introyectar la apreciación negativa de la cultura dominante, Dios al optar por ellos certifica su condición humana y posibilita que la asuman”.

El que se acerca al pobre y hace alianza con él ayuda al Señor a dotar humanidad a los que sienten que no la tienen. “No humaniza

una relación unilateral y de prepotencia. Pero sí una relación que consiste en la entrega personal que se abre a la libre correspondencia y la suscita”.

Las opciones y líneas apostólicas del PAPV constituyen el corazón, desde el que dimana la vida y la acción. Y como primera opción apostólica presenta la siguiente:

“Promover que los pobres, a partir de sus identidades y culturas, se constituyan en verdaderos sujetos sociales, y sean así protagonistas en la sociedad y en la Iglesia”.

La formulación recoge muy cuanto hasta aquí hemos escuchado de parte del P. General, de las Congregaciones Generales desde la 32ª y de los documentos de la Iglesia Latinoamericana. Considera seriamente a los pobres como personas, los aprecia, les da protagonismo, tanto en la sociedad civil como en la Iglesia. Sólo a través de ellos se puede recuperar un humanismo que la actual civilización está perdiendo.

Esta meditación sobre la primera opción apostólica del PAPV tiene como finalidad volver los ojos hacia nuestras actitudes individuales y como Provincia frente a los pobres. ¿Cuánto tenemos en ellas de pecaminoso por omisión, por indiferencia, por contagio de otros valores que no son los de Jesús?

El texto de Lc 4, 14-21, que cita a Is 61, 1s, puede servirnos de trasfondo espiritual para arrepentirnos de la poca participación que seguramente tenemos en el espíritu de Jesús. Dar la buena noticia a los pobres de que Dios los ama, de que Dios los prefiere y de que nosotros también los queremos amar y hemos optado por ellos, lleva consigo seguramente una buena carga de añoranza y arrepentimiento por no haberlo hecho así en muchos momentos de nuestra vida como jesuitas.

Segunda semana

PRIMERA MEDITACIÓN: EL REY TEMPORAL. LA CONVOCATORIA A ASOCIARSE A LA MISIÓN DE CRISTO PARA REDIMIR Y SANAR LA HISTORIA HUMANA

La parábola que propone Ignacio la hemos considerado muchas veces. De novicios nos sentíamos cercanos a ese cuadro medieval, porque resonaban en nosotros los himnos religiosos que invitaban a la conquista y a las misiones. Hoy día aquellas resonancias se apagaron, pero no el fondo de la meditación. Existe el reto, un reto gigantesco, de humanizar/divinizar el mundo y todas sus gentes. Los infieles de hoy, a los que hay que conquistar o transformar, no son sola ni principalmente personas, sino estructuras, culturas, sociedades. La voluntad de salvación de Dios está también ahí, invitadora, deseosa de encontrar aliados.

El Señor llama, convoca, invita, expone un plan; la iniciativa corre de su parte. No llama sólo a la vida religiosa, sino en general a una vida cristiana generosa, de hechos esforzados, positivos por Dios y por los demás. ¿A qué nos llama en concreto hoy el Señor en este siglo XXI que comienza? ¿Cuál es la herencia del siglo XX de la que tenemos que partir y que tenemos que sanar?

1. UN MUNDO MAGNÍFICO Y HORRIBLE

Cuando el astronauta Aldrin dio sus primeros pasos por la luna dijo una frase memorable que puede servir para caracterizar a todo lo que el ser humano ha hecho durante el siglo XXI. Dijo: "Hermosa vista. Magnífica desolación". En efecto, la energía atómica y nuclear, la televisión, la conquista espacial, la informática, los rayos láser, la ingeniería genética son algunas de las impresionantes

conquistas técnicas que el hombre ha logrado en el siglo recién terminado. Y sin embargo, tremenda desolación: el porvenir del hombre sigue indefinido, desolado, abierto a la destrucción, como lo muestran los campos de concentración y de exterminio, las guerras desoladoras, el terrorismo. El ser humano no ha dominado su espíritu. “Magnífico y horrible” había caracterizado pocos meses antes el papa Paulo VI al siglo que transcurría. O, como decía la sentencia de Sófocles: “Cosas maravillosas y terribles he visto en el mundo. Pero ninguna más maravillosa y terrible que el hombre”. El sueño de Nabucodonosor que nos relata el profeta Daniel (Dn. 2, 26-49) puede ser una clave de lectura permanente de todo lo que el hombre hace. Toda esta ambigüedad lleva al ser humano fácilmente al determinismo, la fatalidad, el cinismo, la resignación o la huida y el aturdimiento.

Ante esta realidad del ser humano ambiguo y abierto al bien y al mal, Dios nos convoca por medio de su hijo Jesús a tomar conciencia y luego a dar una palabra, a lanzar un grito de esperanza y de optimismo radical. Nos convoca a dar la noticia más increíble de la historia de la humanidad: que Dios se ha hecho uno de nosotros, uno con nosotros y que desde ese momento la historia humana tiene esperanza. Es la afirmación más estremecedora de la historia humana que puede pensarse.

Cristo es el Alfa y Omega de la humanidad (Apoc. 21,6), piedra angular de la historia humana (Mt 21,42 y Sal 118, 22s), cabeza que todo lo conjunta y plenifica, el universo, lo celeste y lo terrestre (Efes. 1,10), Palabra eterna de Dios nacida de mujer en tiempo y hora precisos (Jn 1,1-14).

(Joaquín L. Ortega: “¿Qué magnífica desolación o qué segura y ungida esperanza? Consideraciones sobre el siglo XX y la condición humana”, SAL TERRAE, diciembre 1999).

2. LA CRISIS RELIGIOSA

La crisis religiosa que arrastran los hombres en la modernidad y que se manifiesta de variadas formas: el ateísmo contemporáneo, la secularización de la sociedad y de la cultura, la increencia, fenómenos todos que han llevado a muchos a pensar en la desaparición de la religión. “La agonía del cristianismo”, que decía Unamuno en otro sentido. Manifestaciones de esa crisis son el rápido descenso de las prácticas religiosas –tan palpable en el mundo desarrollado y que todavía no ha afectado mucho a Venezuela– la disminución de las vocaciones a la vida consagrada, el anacronismo de muchas estructuras religiosas que chocan con la modernidad, y que niegan la participación de todos, la descentralización de las estructuras políticas y sociales (aunque paralelamente, la concentración de las estructuras económicas en pocos centros de poder y de decisión), la equiparación de hombres y mujeres.

En el fondo estamos asistiendo a una mutación religiosa que se expresa de varias maneras y exige respuestas nuevas. La fe necesita nuevos cauces de expresión y de vivencia. Antiguamente la fe se entendía como un catálogo de verdades reveladas por Dios y que la Iglesia se encargaba de transmitir y que la persona simplemente aceptaba. Se ha operado a partir del Vaticano II un proceso de acuerdo al cual muchos reinterpretan las expresiones dogmáticas tratando de cambiar sus moldes significativos y simbólicos, que corresponden a otras visiones culturales, y dotándolos de nuevos moldes que correspondan a nuestra cultura. Por otra parte se pone el acento más en la experiencia de fe, que se traduce en un ordenamiento de la propia vida de acuerdo a contenidos que no resaltan tanto la trascendencia, sino las repercusiones en lo humano. Todo esto lo hacen muchos al margen de la preocupación por la ortodoxia, que ya no dice nada a la vida de los fieles si además se pretende imponer con expresiones condenatorias propias de épocas superadas.

La práctica religiosa se reformula, tanto en el culto como en la moral, y se ajusta en ambos aspectos a las sensibilidades y a las conciencias, que se sienten más libres de normas externas y toman como criterios de referencia una interpretación sensata de las circunstancias y una referencia marcada al bien de los demás, sin que importen demasiado las orientaciones que promulguen las autoridades eclesiásticas.

Los sociólogos hablan del debilitamiento del sentido de pertenencia a las instituciones, favorecido en otros ámbitos como el económico por el cambio de empresa y aun de ocupación a lo largo de la vida. Creencia y pertenencia ya no se corresponden; hay una tendencia innegable hacia la religión desinstitucionalizada. Anteriormente, religión e Iglesia eran una sola cosa, lo cual llevó indudablemente a la pasividad de los fieles (la palabra es significativa). Las medidas de endurecimiento disciplinar no logran su efecto: a la gente ya no le importa que la amenacen e incluso que la expulsen de la institución eclesiástica. La institución es la que sale perjudicada a la larga.

Lo esencial del cambio exigido podría expresarse como el paso de la institucionalización de la Iglesia bajo la forma de Iglesia – sociedad perfecta, con un predominio absoluto de la jerarquía convertida en su centro, al modelo de fraternidad propuesto por el Nuevo Testamento, entendida como comunidad de hijos del Padre común, iguales en dignidad y derechos, todos activos y corresponsables, todos dotados de carismas diferentes y destinados a diferentes ministerios, y todos puestos al servicio del Reino de Dios, a través del servicio de los hermanos y al mundo.

El pluralismo religioso ha venido para quedarse. Anteriormente cada religión estaba fundamentalmente aislada de las demás y se consideraba el centro. La globalización de los contactos desde lo económico lleva a la curiosidad y a la pregunta tanto por la

otra religión como por la propia. Se impone una forma ecuménica de realización de la propia identidad y el diálogo y la colaboración entre todas para enfrentar los grandes temas de la desigualdad y la injusticia y las cuestiones de la trascendencia.

(Juan Martín Velasco: "El siglo de una gran mutación religiosa" SAL TERRAE, diciembre 1999).

3. Frente a todas estas realidades, que marcan una nueva forma de entender y vivir la religión, no es fácil traducir la mentalidad de Ignacio, en muchos aspectos superada, al hilo conductor profundo de los Ejercicios. Dios nos llama a través de Jesucristo, no a una conquista de los santos lugares, ni tampoco a la conversión de los infieles como lo hicieron los grandes misioneros. Tendríamos que preguntarnos más bien si nos propone que luchemos por devolver el sentido religioso a esta cultura increyente. Ésta podría ser una de las aplicaciones de la meditación del Llamamiento del Rey temporal y el Rey eterno para el momento actual. La consideración de la realidad en la que nos movemos –que he tomado en las descripciones anteriores de buenos pastoralistas– nos cuestiona profundamente acerca de cuál es nuestra misión y por tanto el sentido del llamado que Dios nos hace.

Hoy lo que está en el fondo en juego es el sentido de la trascendencia, que se ha diluido en una inmanencia horizontal chata y, en el fondo, radicalmente débil. Tenemos que levantar la vista y saber que las realizaciones más eminentes del cristianismo son las que llevaron a cabo los místicos cristianos, que han comportado siempre una profunda humanización. Los místicos han realizado el descubrimiento de la propia subjetividad –aspecto bien importante en la sensibilidad actual– descubriéndola habitada por la presencia de una Trascendencia que la origina, la desborda y la trasciende.

Ya lo decía Karl Rahner, el cristianismo en el siglo XXI o significará una vuelta a la mística o no será nada. Y a eso nos convoca el Señor en estos Ejercicios, a volver a la mística, aunque suene tal vez pretencioso de nuestra parte o tal vez ilusorio. Entiendo por ello el contacto con la divinidad, el sentir la propia vida aupada por la trascendencia, el sentir al Señor presente y actuante en todas las dimensiones de nuestra vida, que es lo que quiere Ignacio que alcancemos como fruto de los Ejercicios y que está tan bien expresado en la Contemplación para alcanzar amor. Sólo de esta manera, viviendo nosotros mismos traspasados de la presencia del Dios trascendente seremos capaces de dar al nuevo mundo que alborea un horizonte de sentido y un anticipo de una sociedad humana vivida desde y en la fraternidad.

El P. Kolvenbach reflexionaba sobre la situación actual de la humanidad en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes en Mérida, el 6 de febrero de 1998:

No se trata hoy de quedarnos en las glorias ni en los errores del pasado. Se trata de abrirnos y de servir a la novedad de nuestro tiempo. Se trata de invitar también a muchos otros a abrirse a los dinamismos de esta novedad: la aldea global posibilitada por la denominada revolución informática; la proliferación de los medios electrónicos; los nuevos caminos de aprendizaje y conocimiento; la superación de la tradicional cultura de solo palabras escritas, leídas y habladas, hacia una comunicación más intuitiva y afectiva en su interpretación del mundo, hacia un discurso más centrado en la imagen. Esta urgencia del diálogo como forma de cultura surge sobre todo de la contemplación del planeta Tierra en el umbral del tercer milenio del cristianismo: cinco mil millones de seres humanos: cristianos (1.950 millones), musulmanes (1.000 millones), hinduistas (777 millones), budistas (341), miembros de nuevos movimientos religiosos (128 millones), creyentes de religiones indígenas (99 millones), judíos (14 millones), personas sin pertenencia a confesiones religiosas (1.100

millones). Un mundo en el que junto con los fundamentalismos religiosos efervescentes, se siente también un marcado cansancio de las utopías colectivas recientes, y se inician búsquedas múltiples de caminos de experiencia interior y de salvación personal, frente al agotamiento – como inspiración – de las promesas de la modernidad científico-tecnológica. ¿Cómo situarse y poder responder a tantas propuestas, en apertura crítica, dialogal, conscientes del peso que tienen las necesidades de expansión consumista de las grandes y omnipresentes economías liberales, los prejuicios étnicos, de clase, de sexo, de religión? ¿Cómo responder con verdadera humanidad y sabiduría a tantas intolerancias y desencuentros como los que marcan tan profundamente la llamada aldea global?

Este es el cuadro de la humanidad a grandes rasgos. El llamamiento del Rey Eterno es a asumir esa realidad, a comprenderla, a asociarse a tantos jesuitas y hombres de Iglesia que han dado su vida para transformarla. ¿Qué le puede responder al Señor un “caballero bien nacido”, un hombre generoso y entusiasmado por el Señor? La oblación con que concluye esta meditación [EE 98], en su solemnidad, pretende removernos por dentro y prepararnos para grandes cosas.

SEGUNDA MEDITACIÓN: APLICACIÓN PERSONAL DEL LLAMAMIENTO DEL REY ETERNO

Escuchamos el llamado del Señor hace muchos años. En la historia personal de cada uno hay momentos de consolación y desolación frente al llamado. Tal vez un primer momento de exaltación, de gozo, de paz, de alegría. La etapa del Noviciado suele ser habitualmente de consolación, de gusto por la vida religiosa, como consecuencia también de la plenitud vital que producen actos de totalidad como el enrumbar definitivamente la propia existencia.

Tal vez fue el comienzo de la vida religiosa una etapa a contrapelo, difícil, en la que el Señor me arrancó de una vida que yo no quería dejar: "Me sedujiste, Señor y yo me dejé seducir, me forzaste, me violaste" que dice quejándose Jeremías (Jer. 20, 7).

San Ignacio presenta un Rey temporal que propone una gran empresa, conquistar toda la tierra de infieles, algo que tenía mucha resonancia todavía entonces. Pero lo interesante de la propuesta, que luego la va a aplicar a Cristo nuestro Señor (como él lo llama), es la cercanía, la proximidad total entre el que llama y el que le sigue. Se trata de un vínculo personal, afectivo, más que de la racionalidad de la empresa. Una cercanía que lleva a compartir la vida, lo bueno y lo malo de ella, los trabajos y también la gloria, las satisfacciones.

Estar con Jesús, sentirle cerca, dejarse empapar por sus sentimientos y afectos, imitarle, observarle, comer con él, caminar con él, escucharle... Hay muchas maneras de expresar el seguimiento, que es lo que da razón y sentido a nuestra vida religiosa. Y esto es lo que vamos a examinar en esta contemplación, cuál ha sido nuestro caminar a lo largo de la vida con Jesús, nuestra historia personal con Él. Nos pueden ayudar pasajes clásicos de los Evangelios que presentan el arranque de la vocación:

Mat. 4, 18-22, a Pedro y Andrés los llama para hacerlos pescadores de hombres. La llamada es categórica, la respuesta es inmediata e incondicional. Véase la llamada de Eliseo, 1 Re. 19,19 (Elías pasa junto a Eliseo mientras ara en el campo y le echa encima el manto).

Mc. 1, 16-20, les hace pescadores de hombres, una imagen muy de acuerdo con su oficio.

Lc. 5, 1-11, después de la pesca milagrosa, para dar seguridad al seguimiento.

Jn. 1, 35-51, los primeros discípulos. A Jesús se le denomina "Cordero de Dios", con un título postpascual que alude a la Pascua, al sacrificio, a la imagen de Is. 53. También se le honra con el título de "Rabí", maestro. ¿Qué apelativo de Jesús tiene más resonancia personal para mí?

La historia de mi vida es la historia de mi vocación, de cómo he respondido y de cómo ha sido mi relación personal con Jesús. Cada uno sabe cómo ha sido esa historia y cada uno sabe cuál es en este momento de su vida la relación personal que tiene con el Señor Jesús. Sabe cuáles han sido las dudas, las infidelidades, y también los momentos de confirmación, de seguridad, de alegría y entusiasmo en su servicio. Ponerlo todo en la presencia de Él con mucha humildad y pedirle perdón, y también darle gracias, y sentir que hoy como ayer me sigue llamando...

Ignacio termina esta meditación con la hermosa oblación u ofrecimiento del "Eterno Señor de todas las cosas" (EE, 98). Esta oblación anticipa afectivamente las disposiciones del Tercer grado de Humildad y acierta en colocar en el mundo afectivo el teatro de operaciones donde se libran las batallas decisivas. Así lo hizo en el principio y Fundamento con el desorden de los afectos y buscando la indiferencia, la no inclinación por amor carnal y mundano. Ahora lo hace con la típica actitud del "agere contra", del adelantarse a prevenir cualquier retirada posterior. Lo hace "con oblaciones de mayor estima y momento", con ofrecimientos arriesgados de gran importancia, quemando las naves de los apegos. Pasar toda clase de injurias, todo menosprecio y toda pobreza, así actual como espiritual: esas tres situaciones quiero, deseo y es mi determinación deliberada pasar por ellas. Mayor énfasis no se podía dar. Es sorprendente Ignacio: ha hablado de una empresa en la que hay que acompañar a Cristo, y cuando la concreta no se trata de acciones externas, sino del mundo interior. Agarra de sorpresa al ejercitante, que está

afectivamente dispuesto a seguir a Jesús, a caminar y trabajar con Él. Ignacio nos hace apartar la vista del Señor para volverla a nosotros mismos, a nuestro interior afectivo, que es donde se juega la densidad de nuestra determinación de seguirle.

Pide Ignacio que se pida instantemente tener estos sentimientos, y pone como testigos a María, a quien llama “vuestra Madre gloriosa” (siempre le gusta referirse a María como madre) y a todos los santos y santas de la corte celestial (nótese la inclusión de género). Énfasis increíble, insistencia máxima: Ignacio intuye que en esto se juega la vida la persona, si es capaz de moldearse interiormente hasta aceptar por amor a Jesús lo más inaceptable y repugnante desde el punto de vista humano: el deshonor, el desprecio, incluso la burla, el ser tenidos por poca cosa; y el pasar necesidades físicas.

¿Cómo me siento yo frente a este panorama que tantas veces he considerado en los Ejercicios? ¿Tiene todavía resonancia en mí? ¿Cómo lo he vivido a lo largo de mi vida? ¿Cómo me siento frente a esta oblación ahora, después de tantos años?

Pedir humildemente tener deseos de tales deseos.

Si nos sentimos lejos de tener los sentimientos que esta oblación exige, podemos leer la 9ª regla para sentir y conocer las mociones del espíritu (EE. 322). Allí se explican las tres causas por las que nos sentimos en desolación, es decir, en desinterés, en indiferencia o incluso en contra de lo que Ignacio nos reclama como sentimientos frente a la oblación. Por ser tibios y perezosos; por probarnos para cuánto valemos; para hacernos saber que dependemos de la gracia de Dios y no de nuestro esfuerzo. Cualquiera que sea la razón, ponerla ante el Señor y rogarle con insistencia.

TERCER EJERCICIO: CONTEMPLACIÓN DE LA VIDA DE JESÚS COMO MODELO A SEGUIR

Ignacio propone a lo largo de los Ejercicios varias contemplaciones que afiancen al ejercitante en la decisión tomada de seguirle. Para eso se va viendo a “Jesús en acción”, desde que nace hasta que desempeña su ministerio público, muere y resucita. A partir del nº 261 de los EE. propone esquemáticamente lo que Él llama “Los misterios de la vida de Cristo Nuestro Señor”, en los cuales incluye 11 contemplaciones del nacimiento, la infancia y la vida oculta [EE. 262-272]; 16 contemplaciones de la vida pública [EE. 273-288]; 10 de la Pasión [EE. 289-298] y 14 desde la Resurrección hasta la Ascensión [EE. 299-312]. Cualquiera de ellos, tal como lo presenta Ignacio esquemáticamente, puede servir de materia de oración y contemplación.

Sin embargo Ignacio presenta para la contemplación algunos de estos pasajes más desarrollados en el texto central de los Ejercicios. Estos pasajes son: la Encarnación y el Nacimiento, con dos repeticiones y una aplicación de sentidos, y cinco notas detalladas de la manera de proceder en estas contemplaciones [EE. 127-131].

Son muchos los aspectos que se pueden escoger de la vida de Jesús. Yo he escogido los que me parece que pueden ayudarnos como seguidores de Jesús en la Compañía, para hacer después una aplicación a nuestra realidad como jesuitas de esta Provincia de Venezuela.

Los rasgos más característicos de la vida de Jesús

1. Jesús comienza por anunciar en Galilea *la inminente llegada del Reino de Dios*: Mc. 1, 14-15 y los correspondientes paralelos (Mt. 4, 12-17 y Lc. 4, 14s) ponen el acento en Jesús como continuador de Juan, después que éste fue arrestado, y su predicación del

arrepentimiento. Los evangelios nos dan versiones distintas de la relación entre Juan y Jesús. Las versiones más antiguas traen la embarazosa pregunta del Bautista desde su prisión: “¿Eres tú el que ha de venir?”, pero los evangelistas dejan claro que Jesús es superior a Juan, aunque se haya dejado bautizar por él. El hecho es que Jesús comienza por anunciar que el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está ya presente, y él sabe que tiene un papel fundamental en el advenimiento de los tiempos mesiánicos. Estos no consisten, como lo esperaba la gente, en una liberación política y una grandeza terrena de Israel, sino en un nuevo orden del mundo que él comienza a hacer realidad con su preocupación por los oprimidos por el mal.

La *segunda opción del PAPV* se formula así: “Contribuir al fortalecimiento de una sociedad civil fundada en comunidades de solidaridad, para fortalecer lo público y favorecer la creación de una cultura de la vida”. Y como líneas de acción propone una evangelización que asume lo público; la promoción de los Derechos Humanos; la ayuda a la constitución del sujeto popular y las organizaciones de base y fomentar vocaciones de servicio público.

Pienso que esa es la traducción moderna que hacemos los jesuitas de Venezuela de la llegada del Reino que predicó Jesús. Estamos en esa línea a través de las Comunidades Consorciadas como la de Catuche, a través de Fe y Alegría, a través del esfuerzo individual de tantos jesuitas en colegios, parroquias y universidades. Pero ¿podemos quedarnos tranquilos y satisfechos? ¿Qué pienso y qué siento yo de esta opción? ¿Al leerla y asumirla, se ha modificado mi percepción del trabajo apostólico de los jesuitas? ¿Podemos hacerlo mejor?

2. *Su actitud ante la ley*: su libertad frente a los hábitos religiosos de su tiempo es escandalosa. Jesús es un crítico de la interpretación rígida de la Torá, lo cual le lleva a enfrentamientos constantes con los

fariseos: suaviza la ley y la pone al servicio del hombre (dieta alimenticia, descanso, sabático). La nueva valoración del amor al prójimo, que se amplía y universaliza, le trae a Jesús muchos problemas, porque Él borra las diferencias sociales basadas en lo religioso: trata con los pecadores, acoge entre sus discípulos a un odiado recaudador de impuestos. La parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) es la cima de la nueva concepción de Dios que nos trae Jesús. Susana Tamaro, en su novela "Anima mundi", hace una exégesis increíble de esta parábola:

"Por la noche, después de cenar, había querido que le indicase en los Evangelios el punto en que se relata la parábola del Hijo Pródigo. La leyó varias veces delante de mí y después dijo: "Pero no es justo". "¿Qué no es justo?", le pregunté. "Que los hijos que se han portado bien sean tratados con indiferencia y que en cambio, por el regreso del delincuente, se lleve a cabo una gran fiesta. ¿Por qué no se rebelan? ¿Por qué no lo devuelven a patadas al sitio del que ha venido? ¿Qué quiere decir, que lo mejor es comportarse mal?"

"La lógica del amor", respondí entonces, es una especie de no lógica, a menudo sigue caminos incomprensibles para nuestro intelecto. En el amor hay gratuidad, eso es lo que nos cuesta aceptar. En la lógica normal todo tiene un peso y un contrapeso, hay una acción y una reacción, entre una y otra hay siempre una relación conocida. El amor de Dios es distinto, es un amor por exceso. La mayor parte de las veces, en vez de acomodar subvierte los planes. Eso es lo que asombra, lo que da miedo. Pero también es lo que permite al hijo descarriado regresar a la casa y ser acogido no con fastidio sino con júbilo. Se ha equivocado, se ha confundido, tal vez incluso ha causado el mal, pero después regresa, no vuelve por azar sino que escoge. Escoge regresar a la morada del Padre. Había terminado diciendo: "La puerta está siempre abierta, ¿entiendes? También quiere decir esto".

La tercera opción del PAPV, que marca la línea por donde queremos dar respuesta a las urgencias del mundo de hoy, dice así: “Promover la experiencia del Dios de Jesús desde la espiritualidad ignaciana como nuestra colaboración específica a la Iglesia en su tarea de evangelizar las culturas y refundar la fe de sus miembros”.

Si algo caracterizó a Ignacio fue su libertad frente a las estructuras eclesiales y los poderes civiles de su tiempo. Veía en la Iglesia a la “vera sponsa Christi”, y presenta al final del texto de los Ejercicios las famosas “Reglas para el sentido verdadero que debemos tener en la Iglesia militante” [EE. 353-370]. Son 18 reglas en las que habla de deponer todo juicio para servir en todo lo que nos señale “la santa madre la Iglesia jerárquica”, y otras expresiones igualmente precisas e imperativas. Estas reglas tienen evidentemente un origen histórico muy concreto frente a la reforma protestante y una sensibilidad que se deriva de la concepción cristológica de la Iglesia. Ignacio, como sabemos por su vida, se presentó como un hombre libre, que hacía caso al Espíritu e insistía en lo que creía que provenía de él, sin sujetarse sin más al parecer de los cardenales opositores en lo que se refría a la mejor manera de servir a la misma Iglesia.

Hoy día son otras las situaciones y los problemas, que tienen que ver más con la increencia, la indiferencia religiosa y la insolidaridad extendida. Nuestro papel es promover la experiencia del Dios de Jesús. ¿Cómo lo hacemos cada uno desde nuestro puesto? En la oración le podemos pedir al Señor que nos ilumine al leer esta tercera opción del PAPV y que nos dé impulso y generosidad para intentar nuevos caminos o confirmar los ya existentes.

Podemos escoger cualquiera de estos dos pasajes para nuestra contemplación, según las preguntas vitales, las cuestiones existenciales que queramos plantearle a Jesús: Tú, ¿quién eres realmente? ¿Qué tienes que ver conmigo? ¿Por qué me has escogido

y por qué a tantos como yo?

¿Cómo me ves a mí, qué impresión tienes de mí, Señor? Después de tantos años supuestamente en tu servicio, qué lejos me encuentro de ti, qué poco te conozco, qué miedo me da entregarme rompiendo mis propias barreras, las que pongo por cobardía, por falta de fe. ¡Ayúdame, asóciame a ti en este camino que has querido para mí en la Compañía de Jesús! Dame generosidad para escrutar los signos de los tiempos y ponerme a tu servicio a través del Plan Apostólico.

CUARTA CONTEMPLACIÓN: JESÚS SANA

1. SU ACTIVIDAD PERDONADORA Y LIBERADORA

Es lo más típico de Jesús y lo que más muestra su condición divina. Dios Padre nos da la vida en la creación, pero esa vida está estropeada por la acción humana. Hemos creado tales condiciones de vida con relación a la naturaleza y a la sociedad que ponemos en peligro la existencia misma de la vida sobre la tierra.

Con relación a la naturaleza, el siguiente testimonio es estremecedor:

El siglo XX amaneció con fiebre desarrollista y con síntomas inequívocos de industrialismo, que se desplegó en la fractura hombre-naturaleza y rompió el equilibrio del planeta, amenazado por la depredación practicada a partir de un tipo de desarrollo industrialista. La contaminación, la creación de residuos que no pueden eliminarse o reciclarse a corto plazo, y el agotamiento de recursos no renovables son los signos de la globalización del desperdicio. El sueño de la mundialización

de la naturaleza se ha oscurecido, y hoy sabemos que a partir de 1990 están desapareciendo diez especies de seres vivos por día; para el año 2000 habrá desaparecido el 20% de todas las formas de vida en el planeta. Cientos de especies se han extinguido en los últimos cincuenta años y, por el momento, el proceso continúa.

Hoy, la agresión de los seres humanos al entorno natural es tan intensa que hay pocos procesos naturales que no se vean afectados por sus actividades. En unos diez años, un coche medio produce 2.040 metros cúbicos de aire contaminado y 26,5 toneladas de residuos; es responsable de la muerte de tres árboles y hace que enfermen treinta más a través de su contribución a la lluvia ácida. Sería imposible que todos los países del mundo pudieran consumir como lo hacen los del norte.

Con relación a la degradación de las condiciones de convivencia humana, sigue el mismo autor:

La globalización profunda en la lógica capitalista de búsqueda de beneficios, consagra la fractura capital-trabajo. Los cambios tecnológicos, principalmente la automatización e informatización de la producción y de los servicios, han liberado al trabajo humano de una exagerada carga, pero sus beneficios no son repartidos de igual modo. Al tiempo que el trabajo se ha convertido en un bien escaso, el capital necesita apropiarse íntegramente de las ganancias para ser competitivo. La desocupación se ha convertido en el primer factor estructural de la globalización: con su forma crónica, está en el origen de migraciones, xenofobias y patologías.

Se ha creado un Norte global (constituido por las élites del Norte y las élites del Sur) y un Sur global (de mayorías pobres, junto a un número creciente de trabajadores y trabajadoras empobrecidos y excluidos del Norte), aumentando la brecha entre uno y otro. En este fin de milenio, el 15% de la población mundial posee el 79% de la riqueza; la pobreza absoluta castiga a 1.300 millones de personas a vivir con menos de un dólar por día (lo que cuesta un pasaje de autobús).

Junto al bramido de la tierra, se deja oír también con mucha claridad el grito de los pobres de la tierra, de los excluidos del

Norte y del Sur: una quinta parte de la población viaja en los lugares reservados a los viajeros y consume el 80% de las reservas disponibles para el viaje; y las otras cuatro partes viajan en el compartimiento de carga, con frío, hambre y toda clase de privaciones. Los seres más amenazados de la creación ya no son las ballenas, sino los pobres, esos 15 millones de niños que mueren antes de cumplir cinco días de vida, por hambre o por enfermedad; esos 800 millones de personas que viven permanentemente con hambre y lanzan un mensaje inequívoco: o nos salvamos todos dentro de un sistema de convivencia solidario, con y en la nave, o nos precipitamos todos en el abismo.

La globalización económica, comandada por el capital, la tecnología, la cultura occidental, y no por valores éticos y humanísticos, ha roto los lazos de solidaridad y de fraternidad. La fortuna de los tres hombres más ricos del planeta supera el Producto Interior Bruto (PIB) de los 48 países más pobres; sólo 225 personas acumulan los mismos bienes que 2.600 millones de sus semejantes. Con lo que se gasta en cosméticos en los Estados Unidos (6.000 millones de dólares al año) se podría universalizar la enseñanza en el mundo. Con lo que se gasta en animales domésticos en Europa (17.000 millones de dólares) y EE.UU. se podría universalizar la nutrición y la salud básica. Con la cantidad que gastamos los europeos en cigarrillos (50.000 millones) se universalizarían los servicios básicos.

Nacer, vivir y morir endeudados es el destino fatal de las dos terceras partes de la población mundial, lo que equivale – en palabras de Pedro Casaldáliga – a estar prohibido de la vida. El sacramental de este conflicto es la emigración, que llega a nuestra casa como una “pesadilla errante”, como una especie de guerra mundial, de desesperación por un lado y de cerrazón por otro. La caza al extranjero reproduce, según Forrester, la restauración de la caza del pobre. Mientras, Brahim – uno de los pocos supervivientes del naufragio de una patera, el 16 de septiembre de 1998 – en nombre de todas las pateras del mundo, decía: “Nadie puede poner fronteras a nuestra hambre”.

(Joaquín García Roca, “El siglo que convirtió el mundo en una aldea global, SAL TARRAE, Hasta aquí hemos llegado. Cuatro

flashes del mundo que acaba. Diciembre 1999).

Jesús perdona y libera internamente, hace al ser humano menos dependiente de sus codicias, de sus obsesiones, de sus egoísmos, y en eso muestra su fuerza divina. Podemos utilizar como pasajes del Evangelio:

El *capítulo 9 de Mateo*, en que primero cura a un paralítico, resucita a la hija de un funcionario, cura a la mujer que padece flujo de sangre, a un ciego y a un mudo. Al paralítico lo cura como señal de que también puede ayudar a curar la parálisis interior. Libera de una enfermedad propia de las mujeres y también de la muerte en un ser joven. Libera de la ceguera y de la mudez. Libera de tan variadas enfermedades como símbolo y señal de la liberación que puede hacer internamente de todas las enfermedades que aquejan interiormente al ser humano y que producen la sociedad que tenemos.

La pregunta es: ¿de qué siento que me tiene que liberar el Señor para ser mejor seguidor suyo? ¿Qué es lo que me ata ahora, a lo mejor ya mucho tiempo, para que no vuele en las alturas como un águila?

El primer capítulo del *Evangelio de Marcos* y el comienzo del 2º traen varias curaciones seguidas. Marcos presenta el comienzo del ministerio de Jesús en Galilea centrado en las curaciones, en la liberación de las enfermedades, en el cumplimiento de las promesas de que el Reino de Dios ha llegado.

2. SU COMPORTAMIENTO CON LOS MARGINADOS

Marginados y odiados socialmente por su oficio de recaudador de impuestos: Llama a Leví (Lc 5, 27-31).

Cura al criado del centurión, a un hombre sin significación social, por ser extranjero y por ser criado (Lc 7, 1-10).

Perdona a la pecadora pública, uno de los oficios más despreciados, especialmente por los sacerdotes: Lc 7, 36-50.

Parábola del buen samaritano, Lc 10, 25-37.

Cura a una mujer tullida (Lc 13, 10-17) y lo hace en sábado, por lo que indigna al jefe de la sinagoga.

Cura a un hidrópico: Lc. 14, 1-6 también en sábado.

Cura a diez leprosos, Lc 17, 11-19.

Un comportamiento extraño y chocante para su tiempo, porque las personas religiosas tenían que dar ejemplo de cumplimiento de las normas sociales, basadas en leyes religiosas de sentido muy humanitario (Dt. capítulos 12 al 30), en que habían terminado por convertirse en discriminatorias. Un comportamiento valiente y denunciador.

Un comportamiento de misericordia, de compasión, de sentimientos cercanos al que sufre, de ayuda. Nosotros –como hombres y como célibes– tenemos tendencia a pasar estos aspectos por encima y no darles la importancia que tienen en el pueblo sencillo, y que han dado origen a la veneración de tantas imágenes del dolor cercano y sentido: el Nazareno, el Cristo Crucificado, la Dolorosa.

La *primera opción del PAPV* nos acerca a este mundo de Jesús en la sociedad actual. Nos habla de cercanía, de inserción, de compartir la vida de los pobres, de participar de la religión del pobre, de implicarnos en la educación popular. ¿Cómo nos suena todo esto? ¿Lo vemos muy alejado de nuestra situación personal, de nuestro trabajo, de nuestras posibilidades?

Pedirle a Jesús que no seamos como los que se oponían a Jesús en su tiempo, porque rompía moldes y estructuras convencionales,

y se acercaba a los que nadie hacía caso, a los despreciados por la sociedad.

QUINTO EJERCICIO: ¿QUIÉN ES JESÚS?

En los apóstoles, que iban acompañando a Jesús, fue surgiendo la pregunta, cada vez más perentoria, sobre la identidad de ese hombre. Y sólo tras su muerte y resurrección, iluminados por la experiencia pascual y pentecostal, llegaron a plena conciencia de su condición de Mesías e Hijo de Dios. Pero Jesús mismo forzó esa pregunta (Mt. 16,13-20) y con ello planteó la cuestión en su mayor agudeza, que sigue teniendo trascendencia absoluta para todo cristiano.

Jesús pretendió ser algo más, se arrogó el derecho de llevar a los hombres a lo último de ellos mismos y hasta el misterio de Dios. No basta con que la cristología ascendente diga que Jesús fue ese modelo excelso de humanidad, el hermano insuperable de cada hombre. Todo ello no desbordaría el cauce de las convicciones históricas y no reclamaría el salto ulterior que Jesús mismo requería del hombre y que la cristología auténtica exige, si es que quiere ser explicación de Jesús como el Cristo, como aquel en quien Dios ha dicho a los hombres su palabra definitiva, más aún, la Palabra en la que Dios se ha expresado a sí mismo de una manera tan irreversible y total que le pertenece desde la eternidad y configura su mismo ser de Dios. (L.M.Armendáriz, "Quién es Cristo y cómo acceder hoy a él", *Selecciones de Teología*, 129, 1994).

Ese camino de la Cristología ascendente es el que nosotros seguimos, no el descendente común en tiempos de Ignacio. Es un camino que hace más fácil el seguimiento.

Si se tiene ante los ojos al Dios encarnado, su imitación, aunque no imposible, queda frenada por el respeto que impone su condición de salvador, que invita más bien a dejarse redimir por él que a seguirle. Esto no sucede cuando se tiene la mira

puesta en quien, como nosotros, tuvo que abrirse paso hacia Dios por entre oscuridades y peligros, y salir en defensa de los descalificados religiosa y civilmente.

LOS TÍTULOS DE JESÚS

1. Aunque Jesús no se denominó a sí mismo Mesías, “tanto el título de la cruz como la más antigua predicación de la Iglesia muestran que Jesús con su presencia despertó esperanzas mesiánicas”. Este título vincula a Jesús con la historia de Israel y con las esperanzas de salvación anunciadas por los profetas. Jesús es el heredero de las promesas del AT, que abrió el camino hacia la plenitud de vida a todos, tanto individualmente como comunitariamente, en la Iglesia.

El pasaje más directo sobre la condición mesiánica y la conciencia sobre sí mismo de Jesús lo trae Lc 7, 18-23:

Los discípulos de Juan le informaron de todos estos sucesos. Juan llamó a dos de sus discípulos y los envió al Señor a preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?

Los hombres se le presentaron y le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a preguntarte si eres tú el que había de venir o si tenemos que esperar a otro.

Entonces Jesús curó a muchos de enfermedades, achaques y malos espíritus; y devolvió la vista a muchos ciegos. Después les respondió:

Vayan a informar a Juan de lo que han visto y oído: ciegos recobran la vista, cojos caminan, leprosos quedan limpios, sordos oyen, muertos resucitan, pobres reciben la buena noticia. Y dichoso el que no tropieza por mi causa.

Las obras de curación manifiestan la llegada de los tiempos mesiánicos. Donde está Jesús llega la salvación a los que se le acercan. San Ignacio recomienda en los coloquios [EE 54] hablar con Dios

“como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor, unas veces pidiendo... otras culpándose... otras comunicando sus cosas”. Hablemos con Jesús como Mesías, preguntándole sobre sus sentimientos como tal, como inaugurador de una era de salvación, como demostrador de la benignidad y de la humanidad de Dios”.

2. El título de Señor (Kyrios) se aplica a Dios para expresar su majestad suprema y Rm 10, 9; Hech 2,39 lo aplican a Jesús en virtud de la resurrección y su exaltación. El antiguo himno cristológico de Flp 2, 6-11 se lo aplica a Jesús en virtud de su rebajamiento o anonadamiento.

En los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas el título de Señor aplicado a Jesús proviene de la fe postpascual. Durante su vida terrena recibe ese título como señal de respeto, como el ciego de Jericó (que para Mateo son dos), sentado junto al camino pidiendo limosna. Cuando Jesús le pregunta ¿Qué quieres que te haga?, él le responde: Señor, que vea (Lc 18, 41). El discurso de Lucas sobre la llegada del Reino de Dios, concluye con una pregunta de los discípulos: ¿Dónde, Señor? (Lc 17,37), que tiene simplemente sentido de respeto.

En la oración nos puede servir el título de Señor para dirigirnos a Jesús con respeto y reconocimiento de su trascendencia divina. Aunque nos sentimos mejor considerándolo como un amigo cercano, como un maestro, como un hermano mayor, también es bueno distanciarnos humildemente de Él, y reconocer su soberanía sobre nosotros y toda la creación. Pero, como dice San Pablo recogiendo el himno antiguo, primero se humilló, se redujo a nada, desapareció.

Pedirle que nos ayude a tener aunque sea de lejos esos mismos sentimientos, como nos lo recomienda San Pablo.

3. El título de Hijo de Dios se lee en la primera conclusión del evangelio de Juan: “Esto lo hemos escrito para que crean que Jesús

es el Mesías, el Hijo de Dios" (Jn 20, 31). El sentido de la expresión es múltiple. Los salmos, por ejemplo Sal 2,7 el título se aplica al rey desde el día de su entronización en el cargo. Pero también designa el singular origen de Dios, no en el sentido de una procedencia física a la manera de los antiguos mitos, sino en sentido análogo, figurado o metafórico. Aquí hay que remitirse a la actitud de Jesús. Su forma de dirigirse al Padre como Abba, Padre mío querido, de la que no existen paralelos en el AT y en los escritos judíos.

Si los cristianos desde el comienzo han anunciado como misterio central de la fe la filiación divina, auténtica aunque siempre entendida analógicamente, ésta posee para la fe cristiana una significación central y profunda. Si Jesús fue "realmente Hijo de Dios" (Mc 15,39), en el Gólgota no murió un hombre cualquiera, aunque grande y, si se quiere, el representante ideal de la humanidad, sino aquel que de una forma del todo singular era uno con Dios (Jn 1, 1.18) y en el cual Dios mismo ha tomado y toma parte en las miserias de la humanidad. Gracias a Jesús como Hijo y juntamente "imagen del Dios invisible" (Col 1,15), experimentamos por fin quién es Dios y cuánto le importamos a Dios los hombres, a pesar de nuestros pecados y del mal uso que hacemos de nuestra libertad" (Jacob Kremer, "¿Quién fue realmente Jesús?", Selecciones de Teología, 124, 1992).

Tomando el apelativo Hijo de Dios en sentido ontológico, y no simplemente en sentido de mera cercanía con Dios, como tantas veces aparece en el AT, sentir en la oración el misterio de la cercanía y de la lejanía de Jesús, que es uno de nosotros y es al mismo tiempo Dios. Reconocerlo, adorarlo, pedirle gracia para sentir aunque sea de lejos este misterio, poner nuestra vida en disposición de vivir el misterio y hacernos portadores de él para un mundo tan escéptico, agnóstico y materialista como el que vivimos.

Meditación de dos banderas (EE. 135-148)

Esta clásica meditación, tan original, tiene resonancias personales por parte de San Ignacio. La pone como preámbulo para considerar estados de vida, pero en la práctica usual de los Ejercicios más bien se orienta hacia el afianzamiento de la adhesión a Jesús, cuyo nacimiento se ha contemplado. La personificación del mal en una figura personal, en el mal caudillo, como él lo llama, es propio también de la época del santo.

La fuerza de la meditación radica en dos elementos: por un lado en el atractivo que ejerce una personalidad rica, generosa, seductora; y por otro lado, en la invitación a colaborar en una empresa que se percibe como atrayente e interesante. Nosotros, que trabajamos en educación, sabemos que no aprendemos por lo que nos dicen, sino observando y experimentando, copiando modelos.

En una investigación sobre salud mental en los Estados Unidos, sólo el 20% manifestaron ser felices y disfrutar de la vida. Uno de cada dos matrimonios acaba en divorcio. Sesenta millones de recetas de valium se emiten anualmente. Todo esto nos indica que nos faltan modelos vitales, modelos de alegría de vivir, de paz, de satisfacción vital. Esto es lo que quiere ofrecer la meditación de las Dos Banderas, un modelo extraordinariamente positivo, para que os apeguemos con todas nuestras fuerzas a él, con una adhesión afectiva que nos permite ser espejos de esa luz para otros.

1. LA BANDERA DEL ANTIRREINO

1.1. La "Constitución de una economía mundial unificada" es el nuevo rostro de la *bandera del mal* en el mundo. Estas son sus estrategias.

El Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI), documento elaborado secretamente en el seno de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), establece que las empresas transnacionales pueden perseguir judicialmente a los gobiernos si disminuyen sus beneficios por causa de intervenciones públicas de éstos; los derechos son de los inversores y de sus capitales, y las obligaciones se dejan a los pueblos. Si un gobierno realiza cualquier acción o política que tenga como resultado una disminución en las ganancias previstas por una empresa extranjera, ésta podrá quejarse ante su propio gobierno, el cual podrá llevar al otro país ante un arbitraje internacional y estará obligado a compensar al capital demandante por el daño infligido. Una vez se firme este documento, los gobiernos del mundo quedarán desprovistos de cualquier poder para regular las actividades de las empresas transnacionales o para proteger los recursos nacionales, humanos o materiales, frente a los desmanes del capital. Los gobiernos serán tan sólo gerentes del gran capital, ante cuyo dominio se rendirán las políticas de desarrollo o de fomento de microempresas y las ayudas a la pequeña producción campesina, que no podrán aspirar a ningún trato preferente sin ser consideradas actividades discriminatoria". (Joaquín García Roca, "El siglo que convirtió el mundo en una aldea global", SAL TARRAE, diciembre 1999).

¿Quiénes son los aliados de esta bandera? ¿Qué aspectos de mí mismo, de mi psicología, mi cultura, de la vida que yo llevo, son aliados de esta bandera, es decir, ven con naturalidad que esto ocurra, no se escandalizan por ello, no van a mover un dedo para que las cosas sean diferentes?

1.2. La bandera que levanta la cultura actual es de hedonismo, de sexualidad y materialismo. Todo da lo mismo, ser homosexual, ladrón, egoísta, insolidario; no se la da importancia "Es su manera de ser", "qué me importa si a mí no me afecta".

En un reportaje ya viejo de *El Nacional* (17 de junio de 1997), "El VIH está en mi colegio" se advierte que "se descubrieron

adolescentes seropositivos entre 14 y 19 años, producto de una iniciación temprana en la sexualidad de una juventud que tiende a ser promiscua y que está escasamente protegida contra infecciones". 6 de cada 10 muchachos venezolanos ya tenían encuentros íntimos a los 16 años. La edad inicio promedio del varón es a los 15,5 años de edad y la de la muchacha a los 16 años.

2. LA BANDERA DE CRISTO [EE. 145-6].

Hace falta estar un poco locos para seguir esa bandera: no es razonable, no es lógica, es exagerada, es impulsiva. Querer pobreza, tanto actual como espiritual; desear quedar mal, ser tenido por poca cosa, ser incomprendido, incluso insultado... Definitivamente, san Ignacio pide lo imposible. ¿Y si no tiene razón? ¿Si nos está pintando una imagen de Jesús exagerada, distorsionada?

Puede ser que no lo hayamos pensado esto formalmente, pero sí inconscientemente. La bandera de Jesús bien tal vez como una meditación de Ejercicios, pero no tiene mucho que ver con la vida real, con la vida de cada uno de nosotros cotidiana.

Pero hay algo muy importante en la formulación de esta meditación: "el señor escoge". No es nuestra elección, porque –de verdad, verdad– esta decisión es humanamente hablando imposible que la hagamos. De ahí la importancia de los coloquios, el primero con la Virgen, el segundo, con el propio Jesucristo, el tercero con el Padre, para que me concedan la gracia de ser recibidos bajo su bandera, de "ser puestos con el Hijo" Ignacio saca la batería mayor, sabe que es un momento clave de los Ejercicios e insta al ejercitante para que se afecte de verdad en pedir esa gracia, instantemente, con humildad.

Porque se trata de una gracia, de un regalo de Dios. Y esto no lo podemos entender sino con su misma gracia. Comprender que

La segunda postura es la de aquellos que hacen algo, pero no lo que sirve de verdad para solucionar el problema, la situación pecaminosa, no toman la decisión que sienten que el Señor les pide. Poner pretextos, por ejemplo para no hacer oración: el cansancio del día anterior, acostarse tarde por exceso de trabajo, sentir que es una pérdida de tiempo, sustituir la oración por una lectura... pero sentimos que lo que verdaderamente nos haría avanzar en el camino de la intimidad con el Señor es dedicar un buen rato cada día.

Lc. 9, 57-62 (los que ponen excusas para no seguir el llamado a colaborar en el Reino) es la ejemplificación clásica evangélica de esta postura.

La tercera es la postura decidida, firme, que entiende que para seguir a Jesús hay que echarse por la vía del medio, quemar las naves, no volver la vista atrás. Una postura que san Ignacio le pide al ejercitante que la solicite con instancia de María, de Jesús y del Padre, repitiendo los coloquios de las Dos Banderas.

Jesús en el huerto de Getsemaní ejemplifica la tercera postura, lo mismo que Zaqueo (Lc 19,1-10).

Los Tres Binarios ayuda a preparar *la reforma de vida*, que es a donde apuntan todos los Ejercicios. Puede ser que a estas alturas de la partida uno siente o que no tiene mucho que reformar o que, más bien, no va a perder mucho tiempo en eso. Su vida está hecha, y no tiene perspectivas de grandes cambios. Esa es una típica tentación de la madurez, que disfraza falta de fe en la acción de Dios.

Primero, no hay momentos mejores o peores para las visitas de Dios. No es la juventud la época privilegiada y en la madurez las voces del Señor se difuminan o apagan. Segundo, no hay que poner límites a la acción de Dios en nosotros, hay que abrirse a la posibilidad de cambio, que a veces puede ser muy serio, y otras veces en cosas más sencillas.

1. *Pasar de la oscuridad a la luz. Mc 8, 22-26: el ciego de Betsaida.*

Jesús tomó el ciego y lo sacó fuera del pueblo. Acción misteriosa, lo mismo que mojarle los ojos con saliva. Es todo un proceso el que va ocurriendo, que desconcierta a los que lo ven, pero que salva.

El ciego dijo que empezaba a ver. En la vida hay temporadas en que se ve poco o nada, o se ven las mismas cosas de siempre, o falta visión para ver las cosas de otra manera. Eso ocurre por orgullo, por rutina, por falta de fe, hasta que se empieza a hacer luz (en la oración, por una palabra de alguien, una lectura).

Le puso las manos y empezó a ver perfectamente de lejos. Ver: ¡qué verbo tan expresivo! Tener luz, comprender, distinguir. Los problemas siguen, pero veo y le veo a Jesús a mi lado.

Jesús lo mandó a su casa.

Iluminado, regresó a una vida como antes, pero iluminada.

2. *Pasar del temor y miedo a la confianza. Lc 8, 22-25 y Mc 4, 35-41 (La tempestad calmada)*

Recordar las tempestades de la vida: sacudimientos interiores, dudas de fe y de sentido, pecados graves, problemas graves con otros.

Jesús duerme, no lo sentía, estaba alejado (¿Él o yo?). El grito: ¡me hundo! ¡nos hundimos!

Respuesta: ¿por qué son tan cobardes? ¿dónde está la fe de ustedes?

Y vino la calma. Fíame más de Jesús en todas las circunstancias de la vida.

3. *Pasar del egoísmo al compromiso de la solidaridad. Lc 10, 25-37 (El buen samaritano)*

... y calumnian por tu causa?
¿Cómo, pues, miro hacia adelante satisfecho?...

Estos "criterios de dicha", Señor Jesús,
No son para el más allá, como se piensa;
Son para el más aquí (como tú querías).

PRIMERA MANERA DE HUMILDAD

Necesaria para la salvación: “abajarse y humillarse”, es decir, dominar y rebajar el propio egoísmo para no consentir en quebrantar un mandamiento divino o humano que me obligue bajo pecado mortal.

El enfoque de Ignacio es formal – obedecer la ley de Dios –. Se puede traducir en la actualidad así: no ceder ante halagos, ventajas, inclinaciones propias si me van a llevar a perjudicar gravemente a alguien o a los bienes ajenos (públicos o privados), a su fama, su familia, sus derechos. Es cumplir los mandamientos como el joven bueno y rico, que relatan los sinópticos (Mt 19, 13-15; Mc 10, 13-16; Lc 18, 18-23), donde sólo Mc dice que Jesús “fijando en él su mirada, lo amó”. Lo vio recto, honesto, bueno, aunque luego no dé el paso de seguimiento en pobreza.

SEGUNDA MANERA DE HUMILDAD

Aplicación del propósito de la indiferencia que se consideró en el Principio y Fundamento. No inclinarse más a la riqueza, a la comodidad que a sus contrarios. Dar un paso en el afecto que no dio el joven rico.

Y, además, no consentir en pecado venial, es decir, en todo aquello que pueda perjudicar al hermano aun levemente. Ser finos, sensibles, en las relaciones con los demás. Vigilar la lengua, por donde se escapan murmuraciones, chismes, quejas innecesarias, ironías, comentarios graciosos pero hirientes. Difícil esta actitud, que exige gran dominio y finura espiritual.

Prov 15, 1-7

Eclesiástico, 19, 4-17

El P. Juan de Polanco, secretario de la Compañía recientemente fundada, recibe una larga carta del P. Laínez, en que le dice que Ignacio

si fuese según su apetito (...) lo mostraría (el deseo de padecer por Cristo) no curando ser tenido por loco y andando, como él decía, descalzo y con su pierna mala de fuera, y con cuernos al cuello; pero, por ganar almas, no muestra nada de esto.

Ser loco por Cristo es desear imitarle en todo a Él, que fue tenido por loco:

Mc 3,21: los parientes de Jesús están convencidos de que se ha trastornado

Jn 10,20: algunos de los que escuchan sus discursos creen que delira.

Los relatos de la Pasión narran cómo Jesús fue objeto de burla: Mt 27, 31; Mc 15, 20; Lc 22, 63 y 23, 11.

La mayor locura es que las palabras de Jesús hacen estallar la imagen de Dios mayoritariamente compartida en ese momento, sus gestos chocan escandalosamente con la ley de Dios, y su buena noticia mina las esperanzas milenarias del pueblo de Dios. El nuevo camino de Jesús es tan loco y escandaloso que nadie se reencuentra en él, ni judíos, ni gentiles (1 Cor 1,23; 2 Cor 2,11: ojalá podáis soportar un poco de mi locura). La conclusión a la que llega Pablo es que para llegar a ser verdaderamente sabio es imprescindible ser loco por causa de Cristo.

¿Hasta qué punto estoy yo dispuesto a embarcarme en esta locura por Cristo? Identificarse con los marginados a ejemplo de tantos santos; aceptar, incluso en silencio, un destierro como resultado de una falsa denuncia o de una total incompreensión; ser ridiculizado, ser "fichado" por haber hecho lo que se debe hacer en el nombre del

Para la cristología ascendente –Jesús es ante todo un ser humano en el que Dios se hace presente– la Pasión es una consecuencia de la maldad humana, de la torpeza, de la falta de inteligencia y de la estrechez de espíritu. A los seres humanos nos cuesta un mundo abandonar prejuicios, posturas tomadas; nos cuesta muchísimo romper esquemas que nos dan seguridad. La jerarquía religiosa vio en Jesús un peligro para la manera como se entendía la religión judía; y sintió que estaba también amenazada su forma de entender la realidad. No fue simplemente que sintieran amenazados sus privilegios, como lo entiende una lectura sociológica o política demasiado simple. Era toda su cosmovisión, la de todo el pueblo judío, la que había quedado en entredicho con las palabras y las obras de Jesús. Estaba en juego toda la estructura religiosa, la ley, la forma de entender la Alianza, las prácticas religiosas que habían cambiado poco en siglos. Jesús de Nazaret era una charlatán con muchas cualidades, pero sobre todo era un blasfemo. La alternativa era reconocerlo como Mesías, y eso era demasiado cambio. En consecuencia, la respuesta fue lógica: hay que quitarlo de en medio, constituye un peligro enorme, y nos hacemos responsables ante Dios si no impedimos que sus ideas se extiendan.

En contraste con la cristología descendente, en la consideración de la muerte en cruz el primer plano no lo ocupa la interpretación teológica centrada en la satisfacción vicaria, sino la consecuencia histórica de la vida de Jesús y el rechazo de sus contemporáneos. Él no eludió las consecuencias de la radicalidad de su postura y ellos pretendieron eliminar, con su persona, lo que ésta había significado.

Ese suceso histórico se eleva al rango de acontecimiento teológico cuando se advierte que son Dios y su reinado lo que había constituido el centro de la actividad de Jesús y que, en último término, era la imagen jesuánica de Dios lo que estaba en juego. En este sentido la muerte en cruz resulta un debate a vida o muerte acerca del verdadero Dios. Tanto más cuanto

que hacen? No hace falta medir todas las consecuencias del daño que se hace a otros, para tener perfecta conciencia de que se está obrando mal. El misterio del mal se aclara y profundiza cuanto más gratuito, cuanto más injustificado es el mal que se hace: causar sufrimiento a un inocente es una maldad especial; a una persona que es justa, positiva, honesta.

Jesús vence los sentimientos de rencor en ese momento supremo, especialmente doloroso. Admirarle, acompañarle, quererle.

2. *"Hoy estarás conmigo en el paraíso". Lc 23, 43*

Dos posturas frente al mismo hecho: la del que se burla con desprecio, la del que admira la actuación de Jesús y le suplica. Misterio de la gracia ofrecida, aceptada por uno, rechazada por el otro.

Jesús responde con una palabra de esperanza y de promesa grandiosa, que tiene que resonar en nosotros en los momentos difíciles de la vida. "Hoy estarás conmigo", hoy estás conmigo, te llevo en mi palma, te sostengo.

3. *"Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre". Jn. 19, 26-7*

Mater dolorosa, devoción del pueblo cristiano, que se ha visto representado en ella y la ha sabido acompañar. Dolor de María, anunciado desde la presentación de Jesús en el templo: una espada atravesará tu corazón.

En Juan María nos recibe a todos. ¡Qué cambio, Jesús por nosotros! Es un cambio misterioso, pero real, en el que María sale perdiendo y nosotros ganando. Sentirnos realmente bajo su protección y ayuda.

En Juan recibimos a María como Madre. Protección, ayuda, acompañamiento. ¿Cómo la recibió Juan hasta el final de sus días? ¿Cómo la quiero recibir yo, qué puesto quiero darle en mi vida?

Decidir en uno u otro sentido depende solamente de nosotros.”
(Susana Tamaro, “Anima mundi”)

Jesús recita el Salmo 22 aplicándose a sí mismo, sabiendo que el salmista lo dijo proféticamente por él. ¿Dónde está tu Dios?, le preguntan a Jesús, que dé pruebas de que Dios está con Él y Jesús no puede darlas. Esa pregunta nos la pueden hacer, nos la podemos hacer, y no hay respuesta satisfactoria. Sólo mirar a la cruz y acompañar en silencio a Jesús.

6. *“Todo está cumplido”. Jn 19, 30*

Es durísimo creer que esto era el plan de Dios, pero así lo interpreta Jesús, y esto le da fuerza para vivir su misión hasta el último suspiro.

¿Qué podremos decir nosotros cuando se aproxime el día de nuestra muerte? No lo podremos decir con la plenitud de Jesús, pero sí podremos descansar en su misericordia.

7. *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, Lc 23, 46*

Dando una gran voz, dice el evangelista Lucas, lo cual no era de esperarse después de tanto agotamiento. Sobreponiéndose a su agonía, como expresión de la entrega libre y total, no resignada ni forzada. Como avizorando el alborar del triunfo, de una vuelta a la vida que ya comienza a entrever en estos últimos momentos.

“Ante la realidad del sufrimiento humano algunos se preguntan: ¿Cómo puede Dios permitir esto? Tienen la impresión de que Dios es insensible... Pero es una pregunta teórica, de espectador.” La pregunta del que sufre es: ¿Dónde está Dios? ¿Está lejos de nosotros o sufre con los que sufren? ¿Llega nuestro sufrimiento a su corazón? La diferencia entre la primera y la segunda pregunta es la fe. La Pasión

Finalmente, de esta visión de la moralidad se desprende el más fuerte argumento a favor de la vida perdurable después de la muerte. La idea de la total extinción de la vida, de la aniquilación de la persona –la máxima realidad que conocemos– es inconciliable con ella. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, por amor efusivo. Es inconcebible que lo ame solamente un rato y consienta su destrucción. El amor de Dios tiene que ser para siempre”. (Julián Marías, “Tratado de lo mejor”, Alianza Editorial, Madrid 1995, p. 180).

Por la fe sabemos que Jesús resucitó, o que Dios Padre devolvió a la vida a Jesús. Este es el hecho más portentoso de la historia humana, el que confirma la intención salvadora de Dios y su omnipotencia. No sabemos cómo pudo ocurrir. Los evangelistas presentan testimonios que no concuerdan, porque su intención es resaltar la identidad del resucitado, que es el mismo que pasó haciendo el bien y fue crucificado, muerto y sepultado. La misión principal de los apóstoles es dar testimonio de la resurrección de Jesús. Los discursos de los Hechos de los Apóstoles insisten en la importancia de la resurrección como acontecimiento central: 2, 22-36 (Pedro a los israelitas en Pentecostés); 3, 12-26 (Pedro en el pórtico del templo, después de curar al lisiado); 4, 8-12 (Pedro y Juan ante el Sanedrín); 5, 30-32 (Pedro y los apóstoles ante el sumo sacerdote); 10, 34-43 (Pedro en casa de Cornelio en Cesarea). Cuando se trata de sustituir a Judas, Pedro insiste en alguien que lo haya conocido desde los primeros tiempos y que haya sido testigo de su resurrección (Hech 1, 21s). También Pablo insiste repetidas veces en el puesto central que tiene la resurrección en la fe (Rom 1, 1-4; Rom 10, 9; 1 Cor 15, 17; 2 Cor 5, 15; 2 Tim 2,8). En 1 Cor 15, 3-8 Pablo se hace portavoz de lo que él mismo ha recibido en la tradición cristiana que se ha formado ya.

La petición de los Ejercicios [EE 221] deja de lado el aspecto intelectual de la resurrección y se interna en lo afectivo, como ocurrió durante la Pasión. Es llevar hasta sus últimas consecuencias el

PLEGARIA DE LA RESURRECCIÓN

Los hombres, Señor, somos muy pequeños.
Nos arriesgamos al dolor, y después...
Después no sabemos cómo salir del desconcierto.
Enséñame la sabiduría de la cruz,
Que es sabiduría de resurrección.
Muéstrame al resucitado en el crucificado,
Que es el descubrimiento fundamental.
Despliega la belleza del Hijo embellecido
Ante mis ojos, tantas veces tristes y desorientados.

Porque yo deseo pasar por el mundo,
Por la vida, por los hombres,
Siendo "instrumento de resurrección".
Yo quiero poner vida donde hay muerte.
Y suscitar esperanza donde hay desesperación.
Y detectar el bien ahí donde casi todos ven solamente el mal.
Y animar, sosegar, serenar,
En lugar de hundir todavía más a las personas.
Déjame sentirme resucitado
Para proclamar resurrección a todas las gentes.

Entonces, la pascua entera habrá "pasado" por mí.
Sin recortes. Sin falsificaciones. Sin arrugas.
Y toda mi vida será un cántico de gloria
Desde la misma quebradiza realidad.
Desde la cruz y el sepulcro,
Camino de la casa del Padre,
Donde me esperas tú,
Señor resucitado.

necesario, tan hermoso, etc. – está Él mismo. La realidad lleva más que la firma o el sello de Dios. Es en cierto modo, Dios mismo. Este es un sentido panteísta perfectamente comprensible y aceptable.

b) Que Dios es y está en la realidad habitando(la) añade a la metáfora anterior el dato de la cercanía de Dios a todo lo real; añade que todo es templo suyo, especialmente los seres humanos, por lo que todas las cosas y más aún las personas merecen respeto y una cierta reverencia.

c) Dios trabaja en la realidad, colabora por así decirlo con ella, con un trabajo que es al mismo tiempo amor (como la madre joven que cuida a su hijo), sufrimiento (como esas mujeres junto a la cama del enfermo grave), sueño (como el que sueña un mundo nuevo), grito (como el que experimenta la injusticia en propia carne o en la de la persona que ama).

d) Que Dios es y está en la realidad descendiendo habla de la kénosis y abajamiento de Dios en lo real, de su humanización y encarnación en las cosas y, sobre todo, en Jesucristo. Dios salta la talanquera y abandona por así decir el misterio y se hace cercano y presente.

2. LLENO DEL AMOR DE DIOS, QUIERO AMAR A LOS DEMÁS

“Amor, pondus animae”, decía san Agustín: el amor es el peso del alma, lo que la hace densa, lo que le da valor. Tanto amas, tanto pesa tu alma. Amar y conocer, ser amado y conocido, son los dos deseos primarios que llevamos los hombres y mujeres más a flor de piel. Y en ambas, sobre todo en amar, se realiza o se frustra nuestra semejanza con Dios, el ser o no ser imagen suya por vía de aproximación.

Quien ama a Dios con toda su mente, con todo su corazón, con toda su alma y con todas fuerzas (Mc. 12, 29-30; Dt. 6, 4-5) ama todo lo demás en Dios. Y al revés, quien siente apego desordenado por las personas o por las cosas, de tal manera que se convierten en dioscecillos que exigen exclusividad, es porque de verdad no ha conocido el amor de Dios.

2. Nuestros amores son y funcionan casi siempre como amores necesitados, es decir, están en trance continuo de engullir al otro, olvidando su alteridad, o de centrarse en sí mismos, con mengua de la gratuidad.

Somos seres de necesidades. Necesitamos amar y ser amados; y cuando, por la razón que sea, este doble canal de ida y vuelta no funciona, la vida se nos hace penosa, insoportable, soledad de la mala. Pero, reconociendo esa condición de nuestro amor y tal vez por esa misma condición, el amor nacido de la necesidad tiene la tendencia a convertir al otro en objeto, negando la alteridad de la otra persona y su condición de persona libre. Si alguien ha experimentado lo que es el enamoramiento sabe de qué estoy hablando.

En muchas de nuestras salidas hacia los demás, no es al otro a quien buscamos, sino a nosotros mismos, nuestra ansia de ser reconocidos, tomados en cuenta, alabados. Reconocerlo tranquilamente es reconocer nuestra ambigua condición humana.

3. El amor al prójimo es también camino para el amor a Dios. Amar al prójimo y amar a Dios es un camino de doble dirección.

Eso es juntar la contemplación activa con la actividad contemplativa. San Ignacio quiere devolver al mundo a quien termina los Ejercicios en una clave espiritual de tal modo que se le convierta en "medio divino", en lugar de encuentro con Dios, de adoración y de servicio.

Un Dios silencioso e íntimo, expresado tan maravillosamente por el salmo 139 (138):

“Tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos percibes todos mis pensamientos”.

Es un Dios disimulado, que apenas se hace notar, anónimo, que convive con cada uno de nosotros y está presente en la pequeña historia familiar, comunitaria, personal. Un Dios que no tiene necesidad de que nos hagamos conscientes de su presencia y que tenemos que aprender a descubrir con naturalidad y con gozo.